

«presuntivo de Jesus y dueño de sus tesoros,
 «como aquel que fué constituido Señor de to-
 «das las posesiones de la casa de Dios. Que es
 «decir, que José por Padre de Jesus fué consti-
 «tuido Príncipe y Señor de los bienes y posesio-
 «nes de aquel, que en consecuencia del matrimo-
 «nio públicamente contraído con la Virgen Ma-
 «ría, era reputado por su Hijo. ¿Y no fué esto
 «haber sido como una Deidad sobre la tierra,
 «y haber obtenido un grado más sublime que el
 «de los ángeles? Santo Tomás dijo, que el ser
 «Madre de Dios era una dignidad como infinita;
 «¿por qué, pues, no diremos que la paternidad
 «de San José fué en cierto modo infinita, sien-
 «do la mayor grandeza despues de la Madre de
 «Dios, el ser Padre putativo de Jesus?» A todo
 esto se puede añadir, que el Señor San José no
 solo fué delegado del Padre, sino que tambien en
 cierto modo, si acaso es lícito usar de las pa-
 labras de Gerson, tuvo por vicario y susti-
 tuto al Espíritu Santo; quien, precediendo el
 consentimiento del santísimo Esposo de María,
 produjo en las purísimas entrañas de esta Se-
 ñora la obra admirable de nuestra salud y re-

dencion. Esta honra, junta con el blason de
 Padre de Jesus, que tambien adquirió hacien-
 do sus veces el Espíritu Santo, y el ser cabeza
 y como superior de la Sagrada Familia, cuando
 no demuestren una grandeza que exceda á la de
 todos los bienaventurados, á lo ménos dan lu-
 ces para que sin incurrir en la nota de temera-
 rios, le concedamos como verisímil aquella pri-
 macía que resplandece en su dignidad y en su
 ministerio, como los brillos del sol entre los es-
 plendores de los astros.

CAPITULO IV.

De los otros títulos con que se ennoblece el Señor San José.

Los blasones de Esposo de María y de Padre
 de Jesus dieron al Señor San José el tercer
 título con que se adorna su dignidad y prefe-
 rencia entre los Santos. Esta prerogativa fué
 la gloria de haber sido el primero en algunos
 hechos dignos de la mayor estimacion. Se dice
 comunmente que el primogénito, y el primero

en cualquier orden, v. g., el primer hombre, el primer mártir, el primer Apóstol, el primer ángel, poseen ciertas ventajas de gloria sobre los otros, que no tienen la misma antigüedad. Fué el santísimo Patriarca el primer hombre que conoció y adoró á su Hijo Jesucristo: el primero que tuvo la honra de servirle: el primero que le habló: el primero que padeció trabajos y destierro por Jesus: el primer Apóstol que hizo que se viera en el mundo el Salvador, y que lo anunció en Egipto: el primero que hizo voto ó profesion de virginidad: el primer cristiano del mundo: el primero por quien fué ofrecido Jesus al Padre Eterno en el Templo: el primero á quien manifestamente se reveló que ya se habia cumplido el misterio de la Encarnacion, que estuvo oculto por tantos siglos. José fué el primogénito de la Iglesia, y por esta razon el primero en los dones, y el mayor en la autoridad y en el imperio, como *Ruben*, á quien su padre Jacob dejó en su testamento la mayor parte de la herencia. Todas estas ventajas de haber sido el primero, dan á José tales grados de preeminencia entre los Santos, que hacen casi infinita

su grandeza: la que juntándose con la de su santísima Esposa forman un orden y una gerarquía que excede á todos los bienaventurados. Finalmente, fué el Señor San José el primer defensor de la virginal pureza de la Madre de Dios.

El cuarto título fué el de Señor, que obtuvo por cabeza de la familia que el Cielo puso debajo de sus órdenes. Fué en algun modo Señor de Cristo en cuanto hombre, porque siendo José por los desposorios cabeza de la familia y dueño del cuerpo de la santísima Virgen, debia tener todos los derechos de Señor y de Padre respecto de Jesus. Con el nombre de Señor lo llamaba la Madre de Dios y Reina de los Santos, como dijo Gerson en presencia de los Padres del Concilio de Constancia con este discurso, en que por una parte hace ver la profunda humildad de María, y por otra la incomparable y sublime grandeza de su Esposo: «Dejadme esclamar, ¡oh Padres que sosteneis la Iglesia con vuestro celo! permitidme el que use libremente de estas espresiones que me ha inspirado la admiracion: ¡Oh altura del todo admirable la

«de José! ¡Oh dignidad que no tiene con quien «compararse! La Madre de Dios, la Reina del «cielo, la que es Señora del mundo, no se dedig- «nó de daros, oh gran José, el título de Señor! «Vuelvo á decir, oh Padres, que yo no sé si es «más digna de admiracion la humildad de Ma- «ría ó este sublime blason de José!» Con este título de Señor, ó propiamente de personas que pertenecian al Señor, dice San Juan Crisóstomo que se nombraban en el Oriente desde los primeros siglos de la Iglesia los deudos de Jesus.... No dudo que San José, como deudo tan cercano de Cristo, tambien seria honrado con este sublime vocablo; pero aun concediendo que la antigüedad no le hubiera dado estos honores, temiendo el abuso y malicia obstinada de los hereges que lo fingian Padre de Jesus segun la naturaleza, sin embargo, es acreedor á este título, que es inseparable de su dignidad y ministerio; y nosotros se lo debemos dar, siguiendo los ejemplos de Cristo, de su santísima Madre y de la Iglesia, que lo nombra con el timbre de Señor de la casa de Dios y de Príncipe en todos los estados y posesiones de su Señor. Los es-

trangeros no honran al santo Patriarca con el glorioso nombre de Señor. Será por ventura porque el Cielo tenia reservada esta gloria para el imperio mexicano, teatro de la devocion y magníficos cultos del Señor San José, donde no se nombra este glorioso Santo, sin darle el esclarecido título de Señor, y aun parece á los mexicanos que faltan al respeto si no lo nombran con este vocablo de reverencia. México, México, querida patria mia, tú eres aquel floridísimo imperio, que desde aquella época la más feliz para tí y ventajosa para tus hijos, en que bajo la proteccion y estandartes de los reyes católicos se comenzaron á ver dentro de tus murallas las primeras luces del cristianismo, te has señalado en honrar al dignísimo Esposo de María y Padre putativo del Hombre Dios con el glorioso y respetable título de Señor. Puede ser que no agrade este blason á los que no tienen la loable costumbre de dárselo á los Santos; mas yo sé que tienen los mexicanos á su favor al célebre cardenal Cameracense, maestro del chanciller de la Universidad de Paris Juan Gerson; quien dijo, que era digno de ser honrado con las ma-

yores demostraciones de respeto aquel José á quien el Rey de los reyes Jesucristo ensalzó con tantos honores.

A estos títulos de que hasta aquí hemos hablado, se puede juntar aquella preferencia, que despues de María, le dió Jesus en su sagrado corazon, para que de esta suerte tenga el Señor San José la gloria de ser el segundo en el amor, cuando su Esposa y Madre de Dios es la primera. Este afecto estaba ya profetizado aún ántes del nacimiento de este glorioso Santo, y en alguna manera se habia comenzado á ejecutar en aquel José, que por ser una imágen del Padre putativo de Jesus, fué el más amado de todos los hijos de Jacob. Cristo tiene sus delicias con los hijos de los hombres: y entre éstos, ¿quién era más digno de ser el objeto principal de las delicias, que un José, que era el hombre de las confianzas de Dios, á quien el Espíritu Santo confió su Esposa, y en cuyas manos y proteccion puso el Padre las dos prendas que más amaba? El emperador Tito Vespasiano fué tenido por el más amado de todo el Orbe y por las delicias del linage humano. En este encómio tendria gran

parte la adulacion, que para abrir las puertas á las mercedes ó para agradecer los favores recibidos con el incienso de la lisonja, suele ser franca en los aplausos. Quien justamente se ve aplaudido con esta alabanza, es el Señor San José en la pluma de su panegirista San Efrén, en cuyos célebres escritos está delineado el Esposo de la Madre de Dios, como un paraíso de las delicias de Cristo, de los ángeles y de los hombres. Este amor no lo tuvo Jesus oculto en los arcanos de su pecho; se lo manifestó al Señor San José, ya descubriéndole el poder de su divinidad que tenia oculta á los ojos del mundo, y ya, como dice Bernardino de Bustos, transfigurándose en un cuerpo glorioso, en presencia de su amado Padre San José. Las demostraciones de amor tan singular comenzaron en la tierra y prosiguieron en el cielo; en donde, según San Bernardino de Sena, da Cristo la última perfeccion al respeto de Hijo y á las finezas para con su Padre San José. Y no satisfecho Jesus con amarlo como á su Padre, se apareció á Santa Margarita de Cortona, para declararle que era su voluntad, que todos los dias hiciera algun especial obsequio

á San José, quien lo habia alimentado en este mundo. Despues de los favores del Hijo, se siguen los obsequios con que honró á su adorado Esposo la Madre de Jesus. Parece que María y José andaban á competencia en las finezas de amor y en las acciones del respeto. Jamás ha visto, ni verá el mundo, esposos que estuviesen tan de acuerdo en la union de las voluntades. Daré un rasgo de la armonía de estos dos corazones, quitando la pluma de la mano al elocuentísimo Patriñani, porque tengo por más seguro el seguir en hechos tan sublimes los pensamientos agenos, que los propios. «José con la Virgen
«María, como dice Téofilo, más hizo los oficios
«de padre que de esposo: y la Madre de Dios,
«que no se dejó vencer de las finezas de tal con-
«sorte, se portaba con él como una hija amante
«con su padre, haciéndolo dueño del tesoro de
«sus afectos y consagrándole su albedrio. La
«Virgen estaba pronta á las insinuaciones de
«sus lábios y le servia, como se suele decir, a-
«divinando los pensamientos á su Esposo; pues
«como reveló la Señora á su confidente Santa
«Brígida, no se dedignaba de servir á José y de

«prepararle aquellas cosas de que necesitaba.
«Colocada la Virgen en el cielo, no se acaba-
«ron las finezas para con su amable Esposo: des-
«de allá ha bajado á exhortar á los fieles siervos
«del Señor á que honren á San José. En su
«Santa casa de Loreto, hablando al Padre Bal-
«tasar Alvarez, le dijo, que eligiera á su Esposo
«José por su especial abogado y protector. La
«misma Señora quitó á un insigne devoto suyo
«el nombre con que era conocido en el orden
«Premostratense, y le puso el de José. En la
«ciudad de Nápoles mandó á un moro que estaba
«para recibir el bautismo, que en memoria de
«su amabilísimo Esposo se pusiera el nombre de
«José. A Santa Teresa, como nos consta de su
«vida, dió la misma Virgen María las gracias
«y le hizo un precioso donativo por el celo con
«que promovia la gloria de su Esposo. A Santa
«Gertrudis mostró el trono de gloria en que es-
«taba sentado su amable consorte José, y jun-
«tamente le hizo ver las demostraciones de reve-
«rencia y profundo respeto con que todos los
«Santos, al pasar por donde estaba San José,
«le inclinaban la cabeza.»

El Abad Trombéli con el elocuente discurso que sigue, describió otras gracias especiales con que el Señor San José fué favorecido del Cielo. «Solo á José y á la Vírgen entre todos los mortales fué revelada espresamente la divinidad «de Jesucristo: y á la verdad tuvieron estos dos «ilustres personajes mayores luces del profundo «misterio de la Encarnacion, que los Profetas «más célebres del pueblo hebreo.... José tuvo «una particular asistencia de Dios para defender «entre las asechanzas y los peligros la vida de «Jesus. El tuvo el honor y la gloria de ver con «sus mismos ojos aquellos hechos magníficos con «que el Cielo quiso manifestar la excelencia y «la dignidad de Jesus, ántes que diese principio «á su mision. El oyó las melodías de los ejércitos de los ángeles, que bajaron á celebrar el «nacimiento del Salvador. José se halló presente «en la adoracion de los magos y oyó poco después en el Templo la profecía del Santo Simeon, «quien declaró en su presencia, que el Niño recién nacido era la luz de los gentiles y la gloria del pueblo de Israel. Otros oyeron las voces «de Simeon; pero solo José y María entendieron

«lo que significaban sus palabras. José tuvo frecuentes visitas de los ángeles, Muchos creen, «y no sin grande fundamento, que José no dudó de los avisos del ángel, que contenian cosas «superiores al orden de la naturaleza, [como son, «el que una Vírgen concebiria por obra del Espíritu Santo, y el que Herodes pensaba dar al «Niño la muerte] porque estaba acostumbrado «á las conversaciones de los ángeles.... Otros «favores son consecuencias de su empleo, entre «los cuales se concilia la admiracion y los elogios «de los Padres y de los teólogos, aquella potestad que le dió la Providencia Divina sobre Jesus que era el Monarca del Universo, y sobre «María, que era la Madre de este Monarca y «Reina por este título de los ángeles y la más «esclarecida entre las criaturas. Lo cual hace en «José una excelencia tan superior que no se puede ni aun imaginar otra semejante.»

La santísima Vírgen fué testigo de lo que vió y oyó José. «Muchas veces (dijo la Señora á «Santa Brígida) vimos á Jesus rodeado de maravillosas luces, y escuchamos las músicas con «que los ángeles lo recreaban.» De los favores

con que en este mundo honraron los espíritus soberanos al Señor San José, se han valido los intérpretes de la Escritura para decir que los ángeles por las delicias que sentian en los coloquios con el Santo, buscaban ocasiones de tratarlo, y que por tener la complacencia de admirar muchas veces la grandeza de su fé en misterios tan profundos, y de ver la paz y serenidad de su corazon en los lances más apretados, le daban las órdenes del Cielo en diversas circunstancias de tiempo.

CAPITULO V.

Elogios con que la Iglesia ha honrado la memoria del Señor San José.

DECIA San Ambrosio, que el más digno de alabanza es aquel héroe á quien todos pueden aplaudir; y el panegirista de Trajano, que no hay cosa más fácil que celebrar al que lo merece. Estos dos escritores no pensaron en el Señor San José cuando profirieron estas sentencias; pero hablando con justicia, ¿quién no ha de decir que

en este gran Santo pueden todos emplear dignamente y con la mayor facilidad sus oraciones panegíricas? Sus títulos honoríficos con los favores que le hizo el Cielo, y aquel orden en que lo quiso colocar, son capaces de hacer elocuentes aun á los que no saben discurrir. Se me ha ofrecido para defender una causa en que podrá el más ignorante mostrarse elocuentísimo, decia Ciceron cuando iba á hablar delante del senado de las ventajosas cualidades del gran Pompeyo. El sujeto de mi oracion es aquel héroe á cuya alabanza es tan fácil encontrar el principio, como difícil hallarle el fin. Con más razon pudiera yo poner por adorno á este capítulo de la historia del Señor San José la sentencia ciceroniana, pues sabemos que los panegiristas del dignísimo Esposo de la Madre de Dios, con gran facilidad, por la abundancia de la materia, han comenzado sus encómios, y hasta ahora no han hallado el fin á sus alabanzas. Es verdad que todos dicen cosas grandes; pero tambien hemos de creer que dejan mucho más de lo que escriben en silencio, como lo confiesa el Damasceno. Quien ménos ha dejado que decir es la Iglesia, que llama al dignísi-

mo Esposo de la Madre de Dios honra de los bienaventurados, columna del mundo, esperanza de nuestra vida, hombre felicísimo y bienaventurado en la tierra, con un modo tan maravilloso, que se igualaba con los ángeles. José, dice la misma Iglesia, que es aquel espíritu gigante que siempre salió victorioso de los abismos, y que por sus méritos se hizo acreedor á los elogios de todo el cristianismo y á la gloria de Esposo de la que fué verdadera Madre de Dios. Con estos mismos elogios confirma la Iglesia la sentencia de que es más fácil el comenzar, que el poner fin á las alabanzas de aquel Varon esclarecido, á quien celebra con el nombre de Justo el Evangelio.

CAPITULO VI.

Se inquiere ¿si el Señor San José se pueda contar entre los mártires?

Con este vocablo, mártir, que quiere decir testigo, se significaron desde los primeros siglos de la Iglesia aquellos cristianos, que ó padecian tormentos, ó sacrificaban su propia vida en tes-

timonio de la fé. Entre éstos, unos eran citados de los jueces paganos á dar razon de lo que creian, y se llamaron antiguamente confesores, cuando en público confesaban la fé de Jesucristo. Otros sin ser citados, comparecian ante el tirano á confesar la religion que abrazaban, y á éstos se dió el nombre de profesores de la fé. A unos y á otros llaman Tertuliano y San Cipriano, gente que ya tenia la divisa y carácter del martirio. Los mismos dan el nombre de mártires á los que sobrevivieron á los tormentos padecidos por la confesion de Jesucristo. Este fué el estilo de los Padres antiguos, cuyas palabras cita Domingo Macri en su diccionario; pero el uso de la Iglesia en estos tiempos, es llamar confesores á los que mueren despues de haber vivido santamente, y mártires á los que derraman su sangre por la fé. Premia el Señor la fortaleza de estos valerosos espíritus con una bienaventuranza especial, que los teólogos esplican con el timbre y símbolo de laureola, tomando la semejanza de aquellas coronas de laurel con que los antiguos honraban á los que habian alcanzado alguna victoria. Al Señor San José da la Iglesia en sus himnos el

glorioso nombre de vencedor; mas esta victoria, sin haber derramado primero la sangre de sus venas por Jesus, no le da derecho á la laureola del que comunmente llaman martirio. Isidoro Isolano, Reis y otros teólogos, que sin nombrar cita el Abad Trombeli, conceden al Señor San José la laureola y todos los honores del martirio. No son tan francos los críticos modernos; ántes bien dicen con Teófilo Rainaud, que la laureola del martirio en el Padre de Jesus fué un retórico encarecimiento de la facundia de Isolano. Si yo no temiera desagradar á los que idolatran en las bellas luces de este siglo, me declararia por el Isolano, teólogo iluminado, y que no estuvo tan lejos de la crítica como lo están del sol los que habitan debajo de los polos. Pero cuando abiertamente no concedo al santo Patriarca esta laureola, no negaré algunos honores del martirio, al que nos dice el Evangelio que salió por causa de Jesus desterrado de los dominios del rey Herodes, y que por algunos años vivió sujeto á las calamidades que por su naturaleza lleva el destierro de la patria. Si acaso no acierto á explicar lo que quiero decir, el yerro no es mio, sino del

célebre Ruperto, quien dice, que el Señor San José fué el primero que padeció por la justicia; de tal suerte, que en su bendita alma hizo estragos la espada del dolor. El ilustrísimo Antonio Perez afirma algo más que el Ruperto; pues dice, que á San José no faltaron martirios, y que el Santo estuvo resuelto á padecerlos. ¿Y quién ha de negar que un José, Esposo de aquella Vírgen que en el sentir de algunos teólogos fué mártir, sin faltarle lo que era propio del martirio, no tuvo parte en algunas penas de la que fué, cuando no todo, á lo ménos la mitad de su corazón? San Bernardo, hablando del alma de la Vírgen, la llamó mártir, así al oír la profecía del Santo Simeon, como al ver los tormentos de su Hijo Jesus. Si se hubiera ofrecido á este Santo ocasion de hablar del Señor San José sobre el asunto, hubiera dicho lo mismo; porque José, habiendo entendido perfectamente la profecía de Simeon, no pudo ménos que tener atravesada el alma con los trabajos que le esperaban al que era el embeleso de sus afectos. San Bernardino de Sena juzga que Dios determinó que el Señor San José muriese ántes de la Pasion de Cristo,

para que el dolor de verlo padecer y morir entre las ignominias de la Cruz, no martirizase sus afectos. Lo cual es una prueba eficaz de que el Señor San José estaba dispuesto á padecer el mismo martirio que su Esposa, Madre del Hombre Dios, y un argumento de que merece contarse entre aquellos Santos que los antiguos escritores llamaron *mártires sine sanguine*, mártires sin derramar su sangre; pues aunque padecieron por Cristo, no tuvieron la gloria de morir en testimonio de la fé.

CAPITULO VII.

Se pregunta ¿si se puede conceder
al Señor San José
la laureola de los Doctores?

PARA ponerse en el número de aquellos hombres ilustres que la Iglesia reconoce por Doctores, es necesario haber estirpado ó con la lengua ó con la pluma algun error de que estaba poseido el corazon humano, ó haber establecido el dogma de nuestra fé. Algunos escritores, así

antiguos como modernos, juzgan que en el Señor San José concurrieron estas ventajosas cualidades, que lo hacen digno de esta laureola; porque dicen que el santo Patriarca, si del todo no estableció la religion católica, á lo ménos tiró algunas líneas hácia su establecimiento, como lo demuestra el oficio que tomó de anunciar á los pastores y á los magos la excelencia del Niño Dios, y á los egipcios los principios de aquella fé que se habia de levantar sobre las ruinas de sus ídolos, que ya comenzaban á sentir los efectos de la presencia del que venia á convertir sus adoraciones en desprecio. De donde es creible, que nació la poca, ó casi ninguna oposicion, que segun consta de su vida, halló San Márcos entre los egipcios cuando les fué á predicar el Evangelio. Estando en Nazaret instruyó José á sus moradores con la comunicacion de aquellas sagradas luces que le infundian las palabras y los ejemplos del Sol de Justicia Jesucristo, y con otras acciones edificantes con que este Santo, como cuadjutor del gran consejo de la redencion humana, imprimia en sus almas la piedad y los primeros sentimientos de la fé que Jesus les ha-